

el mendigo y el rey. Hé aquí el sitio donde se quebrantan las ambiciones del hombre: hé aquí donde muere todo, excepto sus obras. ¡Es tan corto el tiempo que vivimos! Y ¡tendremos valor para emplear este corto tiempo en hacer mal! Si todos tenemos que reunirnos aquí, ¿será conveniente que vengamos con enemistades, con rencores y sin reparar el mal que hicimos á nuestros hermanos!

Después de estas y otras reflexiones, me arrodillé y oré por las almas de los que descansaban allí, bendiciendo una y mil veces mi religión, que nos enseña que aun después de la muerte subsisten los lazos del amor y de la caridad que nos unen á nuestros semejantes.

Luego se detuvieron mis miradas en una cruz, en la que leí lo siguiente: "Rogad por Jorge el Bueno: fué piadoso, honrado, virtuoso y cortés."

Este panegírico me pareció designar un verdadero hombre honrado; y movido del deseo de saber si me había equivocado al creerlo así, me presenté al alcalde del lugar, y le pedí algunos pormenores sobre la persona cuyos restos descansaban baja aquella cruz.

Jorge el bueno, me dijo el alcalde, fué real y verdaderamente un hombre honrado, por eso le apellidamos el Bueno, pues su nombre era solo Jorge Bueno.

No se contentaba Jorge con adorar á Dios en su corazón, sino que jamás

faltaba á ninguno de los deberes exteriores de piedad, ni olvidaba un solo instante que el hombre más religioso es aquel que mejor sirve á su prójimo. Mostrábase benévolo, compasivo y humano, lo mismo con el mendigo que con el potentado, y reservaba su estimación únicamente para el mérito cualquiera que fuese la forma bajo la cual lo hallase.

Amaba á los buenos, socorria á los débiles, compadecía á los malos y procuraba hacerlos mejores.

Tenia muchas relaciones y pocos amigos íntimos; pero miraba como amigos suyos á todas las personas honradas de todos los países, aun sin conocerlas.

Prodigaba mil y mil atenciones á los pobres, y no hablaba mal de los ricos. Se mantenía entre los humildes, respetaba los poderosos, y se mostraba agradable con todos.

Su buena conciencia hacia que estuviese siempre contento de sí mismo y de los demás. No podía ceder en su empeño de que todos le debiesen favores, al paso que le causaba sentimiento tener que pedirse los á otros.

Ocupábase más de la satisfacción del prójimo que de la suya propia. Nunca conoció en sí mismo el rencor ni el odio.

No tenía soberbia, porque creía en Dios. No tenía envidia porque amaba al prójimo. No solo perdonaba las injurias recibidas, sino que nunca se creía ofendido por ellas.

Si le acontecía perjudicar á alguno con una palabra ó con sus acciones, confesaba su falta y se reconciliaba con el ofendido, sin pérdida de tiempo.

Era sencillo, pacífico, y afable. Sus acciones distaban tanto de la bajeza como del orgullo. No era ni grosero ni engreído, sino cortés, franco y natural.

No se le notaba ni timidez ni presunción. Había en él cierta seguridad ingenua que inspiraba el respeto á la vez que la confianza.

Su carácter era siempre igual, así es que no tenía esos arranques violentos de alegría ó de tristeza que con tanta frecuencia vemos en los demás.

—¿Quién puede, decía, calcular las consecuencias de un acontecimiento? Muchas veces el mal se cambia en bien: lo que ayer motivaba nuestra alegría, hoy nos produce pesar. Dios sabe perfectamente lo que hace.—El que atribuye á otro su propia desgracia, añade, es un ignorante, Culpándose á sí mismo se coloca en mejor camino; pero el hombre de bien no achaca su mal á nadie, ni á sí mismo, sino que procura remediarlo.

Si tenía un disgusto doméstico hacia que nadie lo supiese. Cuando le quedaba un rato de descanso, lo dedicaba á contemplar las sublimes bellezas de la tierra y del cielo.

Su deseo hubiera sido que cada

domingo y cada día de fiesta se pasase alabando á Dios y admirando las maravillas de su creación.

—Gastais dinero, decía, por ver la linterna mágica, cuando todo el año teneis á vuestra vista cuadros que valen infinitamente más y que nada cuestan. Que me los presenten, no digo iguales, sino remotamente parecidos á la sonrosada frescura del alba, á las ricas tintas doradas que tiene el sol cuando se pone, al sosiego solemne de una noche iluminada por la luna, y por tantos millares de estrellas, á la sonrisa de la primavera coronada de flores, y á la alegría de las cosechas de otoño!

Opinaba que nunca se debía mentir, pero que algunas veces debía callarse la verdad.

Habiéndosele preguntado cuál era la virtud en que se debía ejercitar más á los niños, contestó que la paciencia.

Si alguno hablaba mal de él, lejos de enfadarse, decía que le estaba agradecido, puesto que le indicaba sus defectos, y le ponía, de esta suerte, en camino de corregirlos. Si llegaba á su noticia que alguno estuviese necesitado ó afligido, no esperaba que le buscasen, é iba á llevarle socorros y consuelos, haciéndolo con delicadeza, sigilo, generosidad, y sobre todo, con prontitud; porque sabía que el que dá á tiempo, dá dos veces. Y era generoso á pesa



de que su fortuna no pasaba de ser mediana.

En su juventud habia reunido un buen caudal, á fuerza de economía y de trabajo; pero la quiebra de un banquero le habia perjudicado considerablemente en sus intereses.

Jorge el Bueno sobrellevó, sin embargo, este accidente con resignacion, diciendo que las desgracias nos suceden por la voluntad de Dios; que Dios es bueno, y que nos las envía para nuestro bien.

Pensando de este modo, hacia lo que aquel que, habiéndose roto un brazo en una caída, levantó el otro al cielo, dando gracias al Señor por no haberse hecho pedazos la cabeza. Jorge, lo mismo que aquel, se consoló con la pérdida que habia sufrido pensando en lo que Dios le habia salvado en su desgracia. Desde el dia en que supo la quiebra del banquero, y teniendo presente el proverbio que dice: Bájate y pasarás, se vino á este pueblo y limitó sus gastos.

Viviendo en paz y sin ambicion, se contentó con una renta que bastaba para sostenerse él y los suyos, sin contraer deudas, que era lo que mas temia.

—Con dos cuartos en el bolsillo, solia decir, es uno rico, si no tiene deudas. El mismo cuidaba de su hacienda, porque el ojo del amo es el abono del campo; y la cuidaba tan bien que sus fincas eran, sin dis-

puta, las que mas producian y las que parecian mas hermosas. Nada era en su opinion, tan bello, como ocuparse en hacer felices á los pobres campesinos, sin desatender por eso sus propios negocios.

Mezclábase en sus consuelos, procuraba desarraigar de su espíritu las preocupaciones, y les enseñaba á no obrar sin reflexion.

Hubiera deseado que, al propio tiempo que respetasen los usos de sus padres, adoptasen los nuevos métodos cuando son buenos, y que se curasen de la costumbre de dar por contestacion: "Esto se ha hecho siempre de este modo,"

(Continuará.)

#### Ordenes.

Recibió el Sagrado Orden del Presbiterado D. Pedro Romero, el dia 9 del próximo pasado setiembre.

#### Defunciones.

El dia 12 del próximo pasado setiembre, murió el R. P. Fr. Antonio Anguiano; y el dia 4 del presente el Sr. Cura propio de Cuquío D. Pedro Gutierrez quien estaba asociado á la hermandad de Ntra. Señora de la Rosa, y por lo mismo tiene Misa de los demas socios.

Requiescant in pace.

Por la redaccion, traducciones é inserciones, N. Parga.

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Responsable.--N. Parga.

Imp. de N. Parga.

TOM. I. Guadalajara, Octubre 22 de 1877. NUM. 40.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### Decretum Urbis et Orbis.

Quanto Ecclesiae futurus esset decori et cuantae coetui universo Fidelium utilitati S. Franciscus Salesius non solum Apostolico zelo, virtutum exemplo et eximia morum suavitate, sed scientia etiam et scriptis coelesti doctrina refertis, saem: Clemens Papa VIII praenuntiari visus est. Audito namque doctrinae specimine, quod Salesius coram ipso Pontifice dederat ad Episcopalem dignitatem promovendus, eidem gratulans Provenciorum verba usurpavit: *Vade fili et bibe aquam de cisterna tua et fluenta putei tui, deriventur fontes tui foras et in plateis, aquas tuas divide*. Et sane dederat Dominus Salesio intellectum juxta eloquium suum: cum enim Christus omnes alliciens homines ad Evangelica servanda praecepta enunciasset: *"jugum meum*

*suave est et onus meum leve;*" Divinum effatum S. Franciscus ea, qua pollebat caritate et copia doctrinae, in hominum usum quodammodo deducens, perfectionis christianae semitam et rationem multis ac variis tractationibus ita declaravit, ut facilem illam ac perviam singulis fidelibus cuicumque vitae instituto addictis ostenderet. Quae quidem tractationes suavi stylo et caritatis dulcedine conscriptae uberrimos in tota christiana societate pietatis fructus produxere, ac praesertim Philothea et epistolae Spirituales, ac insignis et incomparabilis tractatus de amore Dei, libri nimirum qui omnium feruntur manibus cum ingenti legentium profectu. Neque in mystica tantum theologia mirabilis Salesii doctrina refulget, sed etiam in explanandis apte ac dilucide non paucis obscuris Sacrae Scripturae locis. Quod ille praestitit cum in Salomonis cantico explicando, tum pro re nata passim in concionibus et sermonibus, quorum ope eam quoque laudem est adeptus, ut sacrae eloquentiae dignitatem temporum vitio collapsam ad splendorem pristinum